



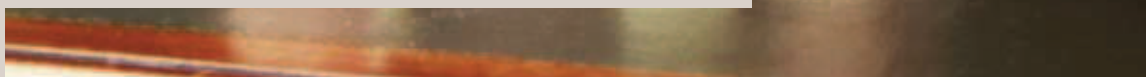
GRANDES MAESTROS

DIANA RABINOVICH



DIANA RABINOVICH

Diana Rabinovich, profesora emérita de la Universidad de Buenos Aires, es una de las psicoanalistas argentinas más reconocidas a nivel mundial. Fue parte del primer consejo asesor de la carrera de psicología en la Universidad, conocida por sus traducciones al español de los seminarios de Jacques Lacan y por su nutrida producción sobre temas referentes al psicoanálisis. Autora de numerosos libros, entre otros, "El deseo del psicoanálisis", "La angustia y el deseo del otro", "El concepto de objeto en psicoanálisis", "Una clínica de la pulsión: las impulsiones", y "Modos lógicos del amor de transferencia".



*

De una entrevista realizada por Rodolfo Zibell

Nací en Buenos Aires. Mi padre era un judío rumano llamado Elías Rabinovich quien llegó a la Argentina antes de la Primera Guerra Mundial, escapando de los brotes antisemitas de entonces. Tenía 14 años y comenzó trabajando de manera muy humilde en Misiones, logrando con los años y un duro trabajo hacer fortuna como comerciante. Se casó, ya grande, con mi madre, que había nacido en Mendoza, era mucho más joven que él e hija de inmigrantes judíos ucranianos. Mi padre murió cuando yo tenía trece años. Soy la menor de cuatro hermanos, otra mujer y dos varones. Si bien mis padres se consideraban judíos, no tuve formación religiosa. Como señala Vidal-Nacquet, citando a Raymond Aron, soy de esos judíos que lloramos por la caída de Troya y no por la caída del Templo.

Lo que indica la importancia que tuvo Grecia y su cultura en mi formación desde niña.

Tuve una educación muy estimulada por mi padre, una de cuyas frases recordé mucho durante mi exilio en Venezuela: "Si te tenés que ir, te irás con lo que tengas en tu cabeza". Siempre le agradecí ese estímulo y las posibilidades educativas que me brindó. A los cuatro años yo ya tenía una profesora de francés. Poco después, entré al colegio americano, al Lincoln. De tal manera que el idioma francés y el inglés estuvieron presentes en mi formación desde muy temprano. En mi casa podía cuestionarse si uno se compraba o no ropa, pero nunca se cuestionaba el gasto en educación o la compra de libros. Es decir, para libros siempre había dinero.

Sobre mí tuvo una influencia muy grande mi profesora de francés, una viejita francesa adorable. Desde mis 4 ó 5 años en adelante estuvo siempre presente, ella me enseñó a amar la lengua francesa. Aprendí con ella la historia de Francia y su literatura. Tenía 10 años y leía en su lengua a Verlaine y Rimbaud o clásicos como Racine.

Amigos franceses se sorprenden a veces por la familiaridad que tengo con la historia y la literatura de Francia, y todo se lo debo a esa señora. Lo que aprendí con ella creo que me ayudó a entender a Lacan, porque me dio un manejo de la lengua muy particular, muy íntimo diría. Siempre la recuerdo y le agradezco a Madame Luna lo mucho que me enseñó.

La escuela secundaria la cursé en cuatro años en el Lenguas Vivas, que entonces estaba en Sarmiento y Esmeralda, donde

debo confesar que me aburría mucho. Siempre le he dado mucha importancia a la formación que recibí en la escuela primaria, en la parte inglesa donde aprendí a escribir, a trabajar, a que no se plagia. Por entonces, en el colegio americano, la mayoría éramos argentinos. Para mí, fue un shock la escuela secundaria, pues estaba acostumbrada a la peculiar liberalidad del colegio americano. En ese colegio, cuando volvimos del exilio, también cursaron mis dos hijos.

Para mí fue, pues, más formativa la escuela primaria que la secundaria. Yo soy la menor de cuatro hermanos que me llevan muchos años. Cuando yo era niña ellos estaban ya en la UBA. En casa había muchos libros y muchas discusiones, que yo presenciaba y trataba de entender, como suele suceder con todos los hermanos menores. Escuché hablar de Freud cuando tenía unos 10 años. Abundaban las discusiones políticas también. Todo eso circulaba en la casa. Mi hermano Jorge estudiaba biología y me enseñaba Darwin. Con el tiempo fue uno de los primeros ecólogos del mundo. Se recibió en la UBA e hizo un doctorado en Ecología en los 60, años en USA, época en que la gente se preguntaba: "¿Eco, qué?"

Yo leía mucho, tenía la influencia de mis hermanos que estaban ya en la universidad cuando yo estaba en primer año de la secundaria. Para mí, la Universidad era la meta. Hice un año libre en la secundaria, cursé 5º año paralelamente con el ingreso a la Facultad donde entré a los 16 años. En realidad, no sabía bien qué hacer. Me pasé muchos días en Viamonte dudando entre estudiar Historia, Filosofía o Psicología. A esa Facultad de Filosofía de los '60 la reconozco como habiendo sido decisiva en mi formación académica y profesional. Fue una época de oro para mí, recuerdo la emoción de escuchar a Borges como oyente, a Risieri Frondizi y tantos otros.

Estudié entre el 60 y el 63, y me recibí a los 20 años. Cabe aclarar que entré interesada en ser psicoanalista, no psicóloga.

Entonces, empecé Psicología. Había leído algunas cosas de Freud y me interesaba el psicoanálisis. Tuve profesores maravillosos en esa época como José Bleger y David Liberman. Con ellos aprendí muchísimo, y con el clima que había en la facultad, un clima de discusión y polémica intelectual, política, entre las diferentes carreras.

Fui desde siempre muy lectora. Cuando estaba en el Lenguas



HICE PSICODIAGNÓSTICOS VARIOS AÑOS, ESTUDIABA, ME ANALIZABA, E IBA AL HOSPITAL LANÚS, AL SERVICIO DE MAURICIO GOLDENBERG, DONDE FUI UNA DE LAS PRIMERAS PSICÓLOGAS AUTORIZADAS A ATENDER. YO PERTENEZCO AL GRUPO DE LOS QUE PELEARON PORQUE NUESTRA PROFESIÓN PUDIERA EJERCER LA PSICOTERAPIA, EL PSICOANÁLISIS, INDEPENDIENTEMENTE DE LOS MÉDICOS.

Vivas elegí hacer latín, las lenguas clásicas me interesaban y me interesan aún. Recuerdo asimismo, el golpe que recibí, cuando caí en la cuenta de que no podía ir al mismo colegio que iba mi hermano, al Nacional de Buenos Aires en el que, en ese entonces, no podían entrar mujeres.

Siempre mantuve mi interés por la historia y la filosofía. Soy una lectora omnívora. También me interesaba la medicina. Tenía un enorme interés por muchos temas, por eso me gusta en Lacan -a quien conocí-, su enciclopedismo. Hice la carrera muy rápido, en cuatro años.

Para esa época, estaba de novia. Me casé poco después, y hace poco cumplí 45 años de casada. Mi marido, Carlos de Santos, es economista, y tiene una editorial de la que yo me ocupo también porque leo los ejemplares que llegan. Veo poco cine, veo poca televisión porque me gusta leer y me gusta la letra. Volviendo a mí, yo era una persona dedicada al estudio por gusto, no por sacrificio, lo cual no impidió que tuviera una adolescencia como la de todos.

MAESTROS

La primera vez que yo escuché hablar de Lacan fue gracias a Bleger, quien nos relató su pelea con Lagache. Fui ayudante de Bleger y de Liberman. A ellos les debo tanto porque realmente me formaron, especialmente cuando fui ayudante. Ayudaba el hecho de que los grupos de alumnos eran pequeños. No existía la masividad que hubo después.

Cuando me recibí de psicóloga a fines del 63, aunque tuve el título en el 64, era muy chica para ser terapeuta. Por eso, durante tres o cuatro años trabajé en Psicodiagnóstico, especialmente con el test de Rorschach, donde me formé con Vera Campo, que era una gran especialista en el tema. Hice psicodiagnósticos varios años, estudiaba, me analizaba, e iba al hospital Lanús, al servicio de Mauricio Goldenberg, donde fui una de las primeras psicólogas autorizadas a atender. Yo pertenezco al grupo de los que pelearon porque nuestra profesión pudiera ejercer la psicoterapia, el psicoanálisis, independientemente de los médicos.

Como en esa época no se podía ejercer con libertad, empecé a estudiar Medicina. Hice cinco años y medio de Medicina en la UBA, en la época de Onganía. En ese tiempo, no se podía entrar a la Facultad en pantalones. Podía ser una minifalda, pero tenía

que ser una pollera. No terminé porque nos fuimos del país. Yo salí por la ventana del edificio de Independencia junto con Liberman, cuando por la puerta entraban los "bastones largos". Mientras tanto, tuve dos hijos varones: Javier, el menor, es Administrador de Empresas y tiene un master en Yale. Martín, el mayor, se fue a estudiar a Princeton en los EE.UU., e hizo un Doctorado en Sociología en Yale. El, Martín me dio dos hermosas nietas.

Hacia fines de los 60, me empecé a acercarme a Lacan. No me convencía ninguno de los que enseñaba a Lacan. Como dije, conozco muy bien el francés, y para mí era un desafío entenderlo. Me decía: "No puede ser que yo no lo entienda, aunque sea muy difícil". Ciertamente es que cuando empecé a estudiar a Lacan tenía una práctica profesional. Yo no llegué a Lacan desde la literatura. Llegué desde el psicoanálisis, por lo tanto, Lacan fue el que me respondió a preguntas clínicas que yo tenía, a cuestionamientos que tenía respecto de mi formación kleiniana, de Melanie Klein. Empecé a leerlo, tomé clases con algunos, pero no fueron maestros para mí. Entonces me dediqué a estudiarlo.

En el 75 me fui al exilio, a diferencia del 66 cuando me quedé en el país, sin estar en la facultad. En mi formación fueron clave, como lo señalé, el colegio americano en la primaria y de adolescente, la UBA, sobre todo, Psicología. Para mí, ese fue un momento decisivo en mi vida. Por eso mi gran agradecimiento a la UBA. Quiero a la UBA, y siento que enseñar en ella es una forma de devolver todo lo que me brindó, la generosidad de mis maestros. Fue una elección enseñar en la UBA. Me permitió llevar por el mundo una marca que siempre me enorgulleció. Alguien, una vez me dijo irónicamente en Francia, después de dar una conferencia: "Ni que usted hubiera ido a l' Ecole Normale". Y le dije: "Perdón, se puede hablar, se puede aprender en muchos lugares a hacer bien las cosas, no sólo en l'Ecole Normale". Para mí fue un privilegio estudiar en la UBA donde estaba Risieri Frondizi, donde enseñaba Borges, al que íbamos muchos a escuchar, íbamos de oyentes, porque teníamos el deseo de empaparnos de saber y de cultura. Lamento que muchos chicos, hoy, no sientan ese deseo. Pero entonces estaba también Ángel Battistessa, Gino Germani, Enrique Butelman en Psicología, la lista es larga.

Me formé filosóficamente con Eugenio Pucciarelli y con Adolfo Carpio, que fueron grandes profesores de filosofía. En esa época, Eliseo Verón introdujo a Lévi-Strauss, por ejemplo. Recuerdo las



"FUE UN PRIVILEGIO PARA MÍ ESTUDIAR EN LA UBA, A LA QUE LE ESTOY MUY AGRADECIDA POR LO QUE ME PERMITIÓ LOGRAR ACADÉMICA Y PROFESIONALMENTE"

DIANA RABINOVICH JUNTO A SU ESPOSO CARLOS DE SANTOS

discusiones en el mítico bar el Coto, que estaba en Viamonte casi Florida, donde nos peleábamos durante horas, acerca de las ideas horas y horas todos los días, de mesa a mesa. Diría que el Coto fue parte de las discusiones polémicas entre las carreras. Nos peleábamos por el psicoanálisis con los sociólogos, con la gente de Letras, con la gente de Filo. Había un clima de polémica y de pensamiento que no terminaba con la clase, seguía afuera. Eso hoy falta. Por eso, a veces lamento que Psicología se haya separado de Filo. Pero quizás, esta Filo no es la Filo de esa época, la época de Gino Germani que daba

sociología. Era un mundo intelectual muy rico, que no sé si los estudiantes tienen hoy.

ANTES DEL GOLPE. TODO EL MUNDO NOS MIRABA COMO DICHIENDO: ¿POR QUÉ SE VAN?, Y YO LES DECÍA: "PERDÓN, SI USTEDES NO VEN POR QUÉ YO ME VOY, POR QUÉ NOS VAMOS, USTEDES ESTÁN TODOS CIEGOS".

Esto duró hasta el '66. Me casé, vino el golpe, y con él el miedo, las restricciones. Pero igual empecé a estudiar Medicina, trabajaba y

GRANDES MAESTROS



criaba a mis hijos. En el '75, yo no me tuve que ir, yo decidí irme, siempre hago la diferencia. Como mucha gente, fui excluida de la Universidad, y todos los que nos quedamos afuera de la Facultad fundamos La Coordinadora de Salud Mental, que tenía su sede en la calle Thames, que allanaron alguna vez buscando el cadáver de Aramburu. En el '75 era evidente lo que se venía. Estaba la Triple A. Gente amiga mía, de mi marido desapareció, antes del golpe. Todo el mundo nos miraba como diciendo: ¿Por qué se van?, y yo les decía: "Perdón, si ustedes no ven por qué yo me voy, por qué nos vamos, ustedes están todos ciegos".

EXILIO Y DESEXILIO

Llegué a Caracas con muy poco, y me fue muy bien. Me fui con mi marido y mis hijos, y empecé a trabajar en lo mío. Entré a trabajar en una institución que hacía "Grito primario" y que terminó haciendo psicoanálisis. Yo ya había estudiado mucho a Lacan y entonces di clases de Lacan en la Asociación Internacional de Psicoanálisis, en la IPA venezolana, y fundé el movimiento lacaniano en Caracas.

En el '78, más o menos, empecé a viajar mucho a Francia y en París invité a Jacques-Alain Miller, el yerno de Lacan, porque me había gustado lo que había leído de él, lo invité a dar un seminario y un ciclo de conferencias en la Universidad Central de Venezuela. Para sorpresa de todo el mundo, vino a Caracas. En esa visita nació el Encuentro de Caracas al que vino Lacan, y en el que dio su último seminario. Le sugerí venir a la Argentina, pero dijo: "Donde hay botas, yo no voy". Los militares lo hubieran recibido bien porque su presencia hubiera sido usada como aval del régimen.

Organicé la venida de Lacan a Venezuela junto con Miller y otra gente, con un gran apoyo de los propietarios del diario "El Nacional" de Caracas, y del Ateneo dirigido por María Teresa Otero. Yo le estoy muy agradecida a Venezuela. Venezuela nos trató muy bien.

En esos años terminé mi doctorado en Psicoanálisis, en la Universidad de París VIII. Asimismo, empecé a traducir los seminarios de Lacan, y algunos de sus escritos. Tarea que



interrumpí cuando a principios de los '90 me distancié de Miller por diferencias de opinión acerca de la organización del psicoanálisis lacaniano en Argentina.

Volví al país en el '83. Y estuve en el grupo de profesores que organizó la vuelta de nuestra carrera, formando parte del primer consejo asesor porque Psicología, que antes estaba en Filosofía, pasó a depender del Rectorado, y a convertirse en Facultad poco después.

De ahí en más enseñé Psicología Clínica. Después, todos estuvieron de acuerdo para crear la Cátedra Lacan, conocida como Psicoanálisis, Escuela Francesa, que concursé en el '86.

Durante mucho tiempo tuve grupos en mi casa, enseñando Lacan, como lo hago ahora en la Facultad y en los posgrados. He viajado mucho y he dado clases en todo el mundo, en ciudades como Nueva York, París, Bogotá, Río de Janeiro, Madrid, enseñando no sólo Lacan. En uno de mis viajes a París tuve una dispensa especial, y se me reconoció el Diploma de Estudios Profundos. Tengo ocho libros publicados, traducidos a distintos idiomas, entre otros "El concepto objeto en Psicoanálisis".

Pienso que la Psicología necesita, para que uno pueda ejercerla, la confluencia de muchas disciplinas que son las que le dan su lugar tan particular. No estoy de acuerdo con los que reivindican la Psicología como un abstracto, que no tiene relación con otras disciplinas. Porque la Psicología necesita, por un lado, una dimensión humanística, y por otra, una dimensión biológica, médica.

También pienso que antes se deseaba saber; la relación con el saber ha sufrido modificaciones importantes. Llegar a la Universidad era un privilegio, y sabíamos que teníamos la suerte de estudiar en una universidad de primera línea y gratis. Sabíamos que teníamos derechos, pero también obligaciones. Sobre todo la de estudiar. Discutíamos de política, pero sobre todo de ideas. Por eso sigo peleando. Por eso sigo enseñando en la Universidad de Buenos Aires.